

## EDITORIAL

### NI DIOSSES NI ASESINOS

En las sociedades primitivas el hombre que tranquilizaba y mejoraba a los enfermos alcanzó tanto prestigio que sus funciones llegaron a fundirse con las religiosas y hasta con las de la autoridad. Así, en algunos pueblos el "shaman" cumplió actividades médico-religiosas y en otros, el cacique, el sacerdote y el médico fueron una misma persona. La imagen del curandero, por tanto, llegó a confundirse con el concepto mitológico que tenían de sus dioses y esta idea se arraiga tanto en los pueblos que, aún cuando la sociedad avanza hacia la era greco-romana, los griegos y los romanos conservan por mucho tiempo una zona indefinida entre la existencia de sus médicos y de sus dioses Asclepio y Esculapio, y los versos de su más grande poeta recuerdan que "un doctor es un hombre que vale tanto como muchos otros hombres juntos" (2).

A medida que la sociedad fue evolucionando y especialmente cuando se llega a los primeros tiempos del cristianismo, el médico es despojado lentamente de muchas de sus prerrogativas, en gran parte debido a las presiones de las nuevas concepciones éticas: la obligación del médico hacia sus semejantes y el reconocimiento de los derechos de los pacientes a ser curados gratuitamente y hasta a recibir en forma graciosa los medicamentos. Poco a poco el ejercicio profesional fue relegándose a una categoría artesanal y sus practicantes eran de clase llana.

La creación de las escuelas de medicina renueva el prestigio de los médicos, basado principalmente en su preparación formal, su dedicación al estudio y su desarrollo científico. El médico deja de ser un simple acumulador de experiencias para convertirse en un ser pensante, con una perma-

nente duda filosófica, que se plantea preguntas, que formula hipótesis y razona de acuerdo al método científico. Ya no se trata del curandero que actúa por simple empirismo existencial y por analogías, sino de quien identifica la enfermedad, puede detectar sus causas, hace pronósticos que se aproximan mucho a la verdad y quien en ocasiones trata con eficiencia las enfermedades.

Junto con esta evolución individual, la sociedad también avanza en complejidad y aparecen otros profesionales tan respetables como el médico (el sacerdote, el juez, el maestro, el ingeniero), haciendo que éste pierda lo intangible de su figura y tenga que someterse a iguales códigos, juicios y evaluaciones que las demás profesiones. Así se llega a la época en que el médico es discutido, demandado y hasta condenado por daños ocurridos a sus pacientes.

Cuando el médico se dedica a investigaciones científicas, está sujeto a las normas no escritas pero generalmente acatadas por la comunidad científica, donde la honestidad intelectual y las normas morales están a la cabeza. Si sus investigaciones deben realizarse en seres humanos, necesariamente tiene que acogerse a la Declaración de Helsinki, donde están especificadas las relaciones investigador-sujeto, siempre con la mira de proteger a los pacientes o normales, quienes voluntariamente deben autorizar los experimentos.

De tiempo en tiempo, sin embargo, aparecen individuos (sea por su escasa formación deontológica, porque el que comanda el equipo tenga algún desequilibrio mental o por su plena identificación con organismos o instituciones que menosprecian el código ético) que violan flagrantemente las normas morales que debieran regular sus actuaciones. Pero estos individuos representan estadísticamente una mínima fracción tal vez del orden del uno en cien mil, pero cuya acción es tan repugnante que los medios de comunicación social forman un escándalo alrededor de su actuación, representando el repudio de la comunidad.

Esto explica —pero no justifica— que **El Nacional** publicara un artículo (6-VIII-75) tomado del **New York Times**, donde el médico Richard M. Restak con el título “Científicos como asesinos”, se refiere a varias transgresiones ocurridas en el campo de la ciencia biomédica. Comentando los casos conocidos de experimentaciones humanas con sífilis y hepatitis viral, el autor propone la formación de “científicos humanitarios” y la necesidad de “restaurar el espíritu de responsabilidad pública por parte de los científicos” (1).

Es indudable que la responsabilidad no es sólo de los investigadores sino también de las organizaciones médicas, asociaciones científicas, institu-

ciones de investigación y especialmente organizaciones que dispensan fondos para investigación. Afortunadamente, en Venezuela no han ocurrido casos como los relatados en dicho artículo, pero la hora es apropiada para mantenerse alerta y robustecer los mecanismos de vigilancia. En cierta manera estos sucesos representan una crisis moral de las instituciones donde se formaron esos investigadores, quienes tal vez no tuvieron quien les señalara caminos rectos y normas éticas para practicar la investigación científica.

Estos casos aislados y esporádicos, sin embargo, no nos deben obnubilar para dejar de apreciar correctamente la cantidad inmensa de investigadores que diariamente en nuestro tiempo hacen investigaciones irreprochables desde todo punto de vista, cuyos resultados han beneficiado a la humanidad en muchos aspectos. Por tanto, si el progreso de la sociedad y el espíritu crítico de nuestra época llevan a despojar a los médicos e investigadores de la aureola de dioses (con lo que todos estamos de acuerdo) también hay que tener cuidado con aplicar genéricamente el término de asesinos a los practicantes de una actividad que ha demostrado fehacientemente su dedicación al progreso de la humanidad. Ni dioses ni asesinos, simplemente hombres y mujeres dedicados por entero a contribuir en algo al progreso del conocimiento científico. Lo otro es cuestión de aplicarles el correctivo terapéutico necesario, o los rigores de la justicia.

Tulio Arends

1.— Restak RM: *Científicos como asesinos*. El Nacional. Caracas, 6-VIII-75.

2.— Sigerist HE: *Historia y Sociología de la Medicina*. Editora Guadalupe, Bogotá, 1974.